

EL AMIGO DEL OBRERO

REDACTORES:
Dr. Luis Pedro Lengua-Dí., Miguel Pérez
Secretario de Redacción: Juan N. Quagliotti
Redacción: Daymán 120

CORRESPONDENTES:
En Roma—Manchón G.; Veneustillo
En París—Francisco Ventilat
En Friburgo—Hugo Tschirnau
En Madrid—José M. Garzon

Organo de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

ADMINISTRACIÓN: Daymán 120—Administrador: LUIS PASTOR

Teléfono: LA COOPERATIVA núm. 639

Suscripción en la Capital (por mes) \$ 0,20

En campaña (semestre adelantado) \$ 1,20

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

Indicador cristiano

Miércoles 28—Santo—Stos. Fidel y Víctoriano, mrs. y Teodosio; vg.—Ayuno.
Jueves 29—Santo—Stos. Agapito, Arnolfo, Latino y Belencio.—Ayuno y abstinenza.
Viernes 29—Santo—La Anunciación de Ntra. Sra. y Encarnación del Hijo de Dios—Stos. Irineo, Desiderio y Dímas el Buen Ladrón.—Ayuno y abstinenza.

Sábado 29—Santo—Stos. Teodosio, Braulio, Manuel y Eugenio—Ayuno y abstinenza.

Domingo 27—Pascua de Resurrección—Stos. Lázaro, Alejandrino, Lidia y Raperto.

Lunes 28—Stos. Doroteo y Prisco, mrs. y Sixto III, papa.

Martes 29—Stos. Cirilo, Sixto, Segundo y Jonas, mrs.

Miércoles 30—Stos. Régulo y Zósimo, obs., Juan Clímaco, abad y Margarita, vg.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO 23 DE MARZO DE 1910

El Gólgota

Hé ahí una montaña casi sin historia antes que el Cristo fijara en ella la cruz de su agonía.—¡Qué cambio tan sorprendente y admirable en el sitio que fué testigo de la tragedia más bárbara y sangrienta! El Capitolio romano cede toda su celebridad y su gloria al Gólgota, y apesar de haber resonado allí el clamor entusiasta de las multitudes, el silencio profundo reina sobre aquellos despojos de un pasado afrentoso que ya no resucitará en la historia. No es extraño este contraste q'borra en la marcha de los siglos la época infame de todas las depravaciones, y surgen sobre las peñas de esa montaña las divinas claridades de la civilización, que encarna el divino madero que las corona, y abarca con la extensión de sus brazos los destinos de un mundo.

Por esto, el recuerdo de este sitio no perderá jamás en la memoria de las generaciones, y a medida que los tiempos se alejan llevando recuerdos y dejando destrozos en los surcos de la vida, el Gólgota estará allí con el mundo de sus recuerdos, para arrancar al corazón de la humanaidad un grito de creciente admiración y amor. Si, allí donde se consumió el crimen más nefando de la historia, murió un Dios que rescata con la sublime abnegación de su muerte la suerte de un mundo y levanta hasta las alturas del cielo los despojos de las generaciones proscritas. Allí ese hombre que aún en los crueles sufrimientos del martirio, circunda a su macilento cuerpo con los destellos inseparables de su divinidad, corona la obra redentora que las edades pasadas esperaban, y saludaron con delicadas aclamaciones las edades venideras.

Veinte siglos han transcurrido desde que el Gólgota sintió extremecerse al peso infinito de aquella víctima divina y su nombre ha pasado glorioso en los labios de un mundo. Allí se han transportado todos los pueblos de la tierra, para rendir un prolongado homenaje al divino Redentor, allí los reyes más poderosos del mundo, han tendido sus mantos de púrpura sobre aquellas peñas que enrojecieron con la púrpura de su sangre el gran Rey de los cielos y han caído rendidas sus coronas de brillantes en aquél mismo sitio donde Jesús, murió, orlada la frente con las humillantes espinas de su corona. Allí, ante aquella página muda pero impregnada de la eloquencia de los recuerdos, se han ido renovando los indios duos de todas las razas, dejando en obsequio al Cristo Redentor el perpetuo tributo de lágrimas y flores, y la huella sin fin de peregrinos, siempre fresca no se ha borrado jamás en el largo transcurso de los tiempos. Al contemplar cada año renovada la grandiosa tragedia de la Redención, todas las miradas y las palpitaciones de todos los corazones, están puestas en el Gólgota.

Es imposible sustraerse a la

imprección profunda que produce el recuerdo de esa montaña, la cual nunca como en esa fecha, se agiganta apareciendo a la distancia con proporciones colosales y seductoras. Nada quedó en pie de todo lo del mundo antiguo: grandes imperios y dinastías se perdieron en la sombra nocturna del olvido, las grandes ciudades de Roma pagana con sus templos y sus dioses, con sus monumentos y sus victorias, sucumieron con el peso de su misma corrupción y soberbia, y los extensos dominios de la Grecia con todo el maravilloso conjunto de sus artes y de sus ciencias, pasaron como la nube de polvo que barren los destructores tiempos en su carrera y se deshicieron como la ola que se estrelló al pie de la incombustible montaña; y allí solo aparece venciendo las resistencias de las edades el Gólgota que, atrae y congrega el mundo sobre sus grietas seculares. Este signo de victoria en medio de la conflagración universal, no es más que la importancia y el imborrable recuerdo que le dió el Salvador al aspirar en su cima. Suba en estos días santos la humanidad a esa montaña, evoca los recuerdos de aquel drama de que un día fué teatro, y escuchará todavía en la soledad que envuelve perpetuamente la ciudad destruida, aquellos últimos acentos que pronunciaron desde los brazos redentores de la cruz los labios del Cristo que moría salvando al mundo, y resurgió inmortal de las profundidades del sepulcro, para empezar la revolución más frasquental y fecunda de la historia.

Ecce homo

Un día brotaba de la pluma de Voltaire esta hermosa y palmaria confesión:

«El Judaísmo, el Sabeísmo, la religión de Zoroastro, yacen en el polvo; el culto de Tyro y de Cartago ha caído con estas ciudades importantes.

«La religión de los Meléclades y los Pericles, la de Pablo Emilio y Catón, no existen, ni Odín ha dejado de ser; hasta la misma lengua de Osiris, convertida en lengua de los Ptolomeos, ha desaparecido en la memoria de sus descendientes; el deísmo puro jamás existió.

«Sólo el Cristianismo se ha mantenido en pie en medio de todo género de vicisitudes; y no obstante el fracaso de tantas ruinas, es inmutable como Dios que fué su creador.

«La verdad subsiste eternamente, y los fantasmas de la opinión pasan como sueños de la imaginación calenturianta.

«La religión subsiste hace mil años, regal una única confesión, en tanto que las sectas son de ayer. Por consiguiente me veo obligado a creer y adorar.

Una manifestación tan espontánea, tan completa y tan categórica, parecemos que brota, en nuestros días, de todos los labios, lo mismo de aquellos que bendicen a Dios como de aquellos que lo maldecen.

La figura de Cristo pendiente de la Cruz, su cabeza angustiada y moribunda, sus ojos apagados y tristes, su frente coronada, según la expresión de los poetas, por los resplandores del martirio y por todas las auroras de libertad, y en fin, sus brazos estendidos y como luchando en su contracción posterior, por desprenderte del madero para abrazar a toda la humanidad, es algo que llega al corazón y le despierta; es una luz que hiera la inteligencia y la rinde; es una como catedra viviente que enseña gritos a los pobres de espíritu, a los apocados y a los que se debaten en los últimos estertores de la agonía, que la Iglesia cuya tumba labraron, vive y reina, no en el regazo de una superstición inadmisible, sino en el trono de una verdad que no se deba, de un Evangelio que no se cambie, de una justicia que no se vende.

«Ecce Homo», dijo Pilatos a las turcas enfurecidas la tarde aquella en que se iniciaba el fin de Jerusalén. «Nada de malo encuentro en él y pedis su muerte»; y «Ecce Homo» exclamaron todos los corifeos de la impiedad del siglo XVIII, y sus secuaces volvieron a exigir la muerte del Justo a pesar de su inocencia y «Ecce Homo», «res est mortis», repiten hoy en pleno siglo XX, los discípulos de Quinet, de Jourfay, de Voltaire, de Rousseau, de Werther, de Childe Harold, de Mon talembert, de Melhacón, de Proudhon, de Diderot y otros mil heraldos de la teología revolucionaria, cuyas doctrinas absorvieron los pueblos, cuyas incoherencias aceptaron «a priori» los débiles, cuyo recuerdo no olvidaron aún

los que independizados de la Cruz, rindieron su cabecita al filo de la espada que tiró de su sangre entre tronos y corona coronas.

Y otra anomalia, en medio de esa hecatumbre de blasfemias, injurias, indignidades, el satírico «Ecce Homo», sigue convocando las turbas que pidieron su muerte, hoy como ayer, el incrédulo, el escéptico y el adorador de la materia, al tender la mirada hacia eso cuadro funerario que hace veinte centurias descansa la Iglesia ante sus hijos congregados bajo las bóvedas seculares en el recinto de la y de la plegaria, inclinó su cabeza como el Centurion del Gólgota y do sus labios brota como un grito que se ha desprendido de su conciencia el «Vero Filius». Del era iste, verdaderamente este era hijo de Dios.

El cristianismo ha sido definido hoy como ayer, el creador de supersticiones inadmisibles, olvidándose quizás que hace dos siglos cayó sobre la mejilla de la Iglesia la misma bofetada que hizo temblar las columnas del Templo.

Hoy como ayer nuestros espíritus fuertes, sacuden ese yugo que se denominaba maravillas de lo divino, y hoy como ayer se han precipitado en lo maravilloso diabólico.

Hijos de Lamitrié, niegan la divinidad al mártir que sufrió y exigen la clausura de los templos y como aquél, se creen en el deber y en el derecho de rendir el homenaje de su fó, a las brujas.

Discípulos de Hobbes, frequentan los autos de la impostura, para creer en falsas apariciones, y como el Marqués de Argens, desuelgan de la cabecera su lecho la imagen del Cristo sustituyéndola por un trozo de hierro al que atribuyen el poder de contrarrestar la malefica virtud de un número cualquiera.

Les pareció ignominioso creer lo que creyeron sus padres, pero no titubearon entregarse a saturnales ilusiones en las evocaciones del mesmerismo; como el patriarca de Ferney sintieron entusiasmo por Calisto y en cambio les repugnaba adorar a Dios.

«Ecce Homo». Allí está el hombre Dios agujoneando con su Cruz siempre triunfante A los que buyeron de él, y allí permanecerá eternamente iluminando con sus destellos las ojivas del templo donde el cristianismo habla sobre tumbas superpuestas; y amenazando en sus tumbas sin Dios, a los que cruzaron la vida pisoteando la verdad, estrujando la justicia y azotando al inocente.

«Se levantarán algún día estos despojos doblemente funerarios?... Si, y su primer acento será el Ecce Judeus, pero oh dolor!... ya no pugnarán aquellos brazos por desprenders de la Cruz con deseo de abrazarlos, si no para lanzar sobre sobre sus frentes la eterna maldición reservada a los satanizadores.

El día de Pascua de Resurrección de 1802 llenaba llanuras las amplias naves de Nuestra Señora de Paris una inmensa muchedumbre de la cual formaban parte y entre la que se distinguían: convencionales que oraban, generales que inclinaban la cabeza, obispos que volteaban del destierro. Sobre un estrado el Primer Cónsul, enfrente de él la Iglesia representada por su prelado, y por último en el altar ocupado un día por una meretriz impudica, Dios expuesto al pueblo por un Pontífice de noventa años.

El corazón de Francia se estremeció de placer aquél día y al recordar sus extravíos, avergonzose y dió pública satisfacción de sus blasfemias.

Ante semejante espectáculo, impíos y creyentes preguntaban si era sueño ó realidad la resurrección de Cristo...

En estos días, cuando se vean cruzar por nuestras calles miles de creyentes en dirección al templo jurarla que una sola pregunta bratará de los labios de cuantos presencien esas manifestaciones de religiosidad.

«Ha resucitado la fe, se dirán?...

No ha resucitado no, porque la fe no ha muerto aun. Vivo y vivirá para quebrar hoy como ayer las cadenas que aprisionan el corazón de Pablo y convertirlo en un Museo ó Chateau briand.

El día sin sol

EL HURACAN

Allí va el huracán Corral al Calvario inflamando el relámpago en sus alas Y a su paso los cielos se derrumban Con truenos de cascadas!

Allí va, como voz del infinito Anunciando en suidoma de borrascas, Que una turba en delirio Escarnece al Mesías que su arrasta

Cargado con la Cruz de su martirio!

Allí va el huracán Lleva en su seno Tempestades que braman, Y el torrente a su voz, salta convulso, Dando gritos de doloras extrañas!

Allí va como el alma de las sombras Que hacia el Gólgota avanza, Y, ebrio de Dios, viendo a su Dios pen-

(dicho) Levanta espumas de la mar que fabla Y escupo al Universo entrecidol...

Y el Cristo resplandece! Y en las tumbas Se reanima la nada!...
Al sollozo del bosque y de los vientos Se responde el sollozo de las almas Naturaleza pálida do espantos,

Descoronada virgen, se desnaya,

Y el sol que flota entre sangrientos ro

Se ilumina en la Cruz, tembla, y se apaga

Anegado en el llanto de los cielos!

Allí va el huracán! Deja el Calvario Imprimo al globo convulsión tan rara que, ese Judío errante del vacío, Parece que temblando se parará!

El humano enyendo de rodillas Se extrema turbada,

Que el Soplo vengador, en su potencia Disipa las sombras de su alma

Lea la llena de sombras la conciencia!

Allí va el huracán! Sube a los cielos Seguido por los siglos que lo reclaman, Y a su paso los astros se le inclinan Como guardias sagrados!

Solo en su triunfo, devoró con besos, Del Hombre-Dios la postimera lágrima

Y si suelta alardos de victoria Es que lleva su Espíritu en las alas Y allí va: rumbo al trono de la Gloria!

Juan Cruz Varela.

Cultos de Semana Santa

Jueves Santo

MISA DE COMUNIÓN Y PROCESIÓN AL MONUMENTO en las siguientes iglesias: Metropolitana, 7 p. m.; Cordon, 8 a. m.; Santuario Eucarístico, 8 a. m.; Caridad, 9 y 1½ a. m.; San Francisco, 8 a. m.; Aguada, 8 a. m.; Lourdes, 9 a. m.; Capuchinos (calle Mercedes), 7 a. m.; Capilla de la Merced, 7 y 1½ a. m.; Reducto, 8 a. m.; Unión, 8 y 1½ a. m.; Pocitos, 8 y 1½ a. m.; Pasito, 8 a. m.; Cerro, 8 a. m.; María Auxiliadora (calle Mercedes), 8 y 1½ a. m.; Capuchinos (calle River), 7 a. m.; Capilla de la Merced, 6 y 1½ a. m.; Reducto, 8 a. m.; Unión, 8 y 1½ a. m.; Pocitos, 8 a. m.; Nuevo París, 8 a. m.; Cerro, 8 a. m.

OFICIOS DE TINIEBLAS Y SERMONES DE INSTITUCIÓN en las siguientes iglesias: Metropolitana, 7 p. m.; Mons. Monseñor de León; San Francisco, 7 p. m., Mons. Monseñor Harelche; Aguada, 6 y 1½ p. m.; Sagrada Familia (Larraga), 8 a. m.; Capilla de Tierra Santa, 8 a. m.; María Auxiliadora (calle Mercedes), 7 a. m.; Capuchinos, 7 y 1½ a. m.; Dominicana, 7 a. m.; Santuario Eucarístico, 6 p. m., Mons. Monseñor Piñol; Lourdes, 5 p. m., Mons. Monseñor Salas; Capuchinos (calle River), 6 y 1½ a. m.; Dominicana, 7 a. m.; Don Bosco, 6 y 1½ a. m.; Larraga, 6 p. m.; Santa Ana, 6 p. m.; María Auxiliadora (calle Mercedes), 7 a. m.; Capilla de la Merced, 6 y 1½ a. m.; Reducto, 8 a. m.; Pocitos, 8 a. m.; Pasito, 8 a. m.; Nuevo París, 8 a. m.; Cerro, 8 a. m.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Las misas en las horas de costumbre de los días festivos en todas las iglesias.

SERMON DE RESURRECCIÓN. En la Metropolitana, el Ilmo. y Rymo.

Mons. Isasa a las 7 p. m.; en San Francisco, al Pbro. doctor Piñol a las 8 p. m.; en el Cordon, al Pbro. Lapierre;

las 8 p. m.; en la Concepción a las 7 y 1½ p. m., el R. P. Mendiondo (en vacaciones); el R. P. Castiglioni (en vacaciones); el R. P. Zurbito; Capuchinos, 4 y 1½ p. m., el R. P. Querubín; Dominicana, 6 p. m.; Don Bosco, 6 y 1½ a. m.; Sagrada Familia (Larraga), 6 p. m.; Capilla de Tierra Santa, 6 p. m.; María

